

oraciones, las indulgencias y los sacrificios. Es sobrenatural en su Cabeza, porque está revestida de una autoridad inmediata por Jesucristo, Jefe invisible; es sobrenatural en las relaciones que la estrechan, que son la fé y la caridad; es sobrenatural en sus leyes, porque están sancionadas inmediatamente ó mediatamente por Dios; es sobrenatural en sus esperanzas, porque ansía y se promete bienes que ojos humanos no vieron, ni oídos oyeron, ni entraron en el corazón de hombre alguno; es sobrenatural en sí misma, por cuanto el espíritu de Dios la forma, y la asistencia de Cristo la rige y vivifica. ¿Cómo puede, pues, conocer la Iglesia quien desconozca lo sobrenatural? ¿Cómo puede salvarse aquel que desconoce á la Iglesia?

Por esto, si se quiere restringir ahora todo en pocas palabras, hé aquí á lo que viene á parar aquel dicho: *¿qué necesidad hay de tanto sobrenatural? Basta la razon, basta el corazón.* Conduce á renegar completamente de Jesucristo, de su fé, de su doctrina, de su Iglesia, y á volver á los hombres á lo que eran ántes de su venida, con toda su impotencia para conocer á Dios, con toda su corrupción y podredumbre en los vicios, con toda su imposibilidad para salvarse nunca. Si esto no basta para que un católico se horrorice de aquel axioma, confieso que ignoro qué más se pueda decir.

El más admirable descubrimiento de la sabiduría divina ha sido éste: haber ordenado á los seres en una sociedad universal á todos los hombres, y haber provisto á todos por este medio de cuanto les era indispensable para conseguir la eterna beatitud. Ahora bien, no sólo no puede pertenecer á esta sociedad aquel que desconoce lo sobrenatural, sino que ni puede dividirse. Porque si es exterior y visible en su renacimiento y formación, es completa mente sobrenatural en sus propiedades interiores. Sobrenatural en el fin que se propone, porque no es terrestre aquel á donde dirige todos sus esfuerzos, y sobrenatural en los medios que emplea, consistiendo en la aplicación de los misterios y de las instituciones de Cristo, con los sacramentos, las

## CAPÍTULO XVII.

## Milagros.

- I. Los milagros son imposibles.—II. Ya no se hacen milagros.—  
III. Magnetismo: mesas parlantes.—IV. Es imposible conocer si un hecho es ó no milagro.

Los milagros son la prueba más espléndida que la religion ofrece en su favor; prueba que habla á los sábios no ménos que á los ignorantes, y prueba que comprenden hasta los de pobre inteligencia. No es, por tanto, maravilla que se haya impugnado muy frecuentemente por los incrédulos, y que se haya hecho muchas veces irrisión de ella; mas quien considere un poco despacio las razones con que se combate, verá claramente que no consiguen su objeto.

I. Dicen en primer lugar algunos que *los milagros son imposibles*. A un sofista que negaba la posibilidad del movimiento y que defendía esta simpleza suya con infinitas razones, un antiguo no dió más respuesta que la siguiente: Tomóle por el brazo, le hizo dar una vuelta por todo el salón donde disputaba, y le preguntó despues: «¿Es posible el movimiento?» Pues una cosa semejante podremos decir en nuestro caso. ¿Hay milagros? ¿Están probados con todo rigor? Si los hay, son posibles: esta contestacion no admite réplica. Esta observacion primera puede reforzarse con otra de inmenso peso. Si los milagros son imposibles, no lo son sino por envolver una repugnancia intrínseca. Ahora bien. ¿A qué vienen á parar todas las Escrituras antiguas y todos los Evangelios, que cuentan tantos hechos por Jesucristo y los Apóstoles, si nos refieren como verdades hechos imposibles, por ser intrínsecamente repugnantes? Todo el Evangelio, y por consiguiente todo el Cristianismo, con todas

sus obras y con todas sus maravillas, se trasforman en una fábula. Tanto vale realmente: si envuelven intrínseca contradicción, nadie ha podido realizar nunca uno solo. Por el contrario, si se ha hecho uno solo, no es imposible obrar á millares.

Oigamos aún un poco la razon de aquella pretendida imposibilidad. *Si ocurriera un milagro, dicen, sería una violacion de las leyes fijadas ab æterno por Dios; cambiaria, pues, Dios sus decretos, y se convertiria en mudable como nosotros.* He oido más de una vez promover esta dificultad, y con gran aire de triunfo, como si con ella se debiese confundir á todos los doctores y derribar todo el edificio de la Iglesia santa. Ea, pues; veamos un poco qué fuerza tiene. ¿Ha establecido Dios las leyes de la naturaleza? Sí, señor. ¿Hálas establecido Dios inmutablemente? Sea también. ¿Las ha establecido de toda la eternidad? Concedamos esto igualmente. ¿No puede haber excepcion de ninguna clase con los milagros? Mirad que no se os escape de la mano la consecuencia. ¿No tenía Dios *ab æterno* también presente aquella ocasion, en la cual, por un fin justo, podia establecer una excepcion de aquellas leyes? Ciertamente, si no le negais la ciencia de lo futuro. Pues si al sancionar *ab æterno* las leyes de la naturaleza hubiese dispuesto también que aquellas leyes quedáran suspendidas en determinadas ocasiones, ¿no estarian bien decretadas *ab æterno* estas suspensiones? Un relojero dispone el movimiento continuo de sus ruedas; más para obtener á su debido tiempo el toque de las horas, ¿necesita mudar cada vez el mecanismo del reloj? Nada de esto. Prevé ambas cosas á un mismo tiempo, y mientras dispone el movimiento sucesivo de las ruedas, ordena también el toque oportunamente. Así Dios, mientras sanciona las leyes ordinarias y continuas de la naturaleza, constituye también las excepciones que quiere hacer en tiempo determinado. ¿Dónde está, pues, aquí el cambio en Dios, la violacion de sus decretos y toda la pretendida imposibilidad?

II. *Ya no se hacen milagros.*—Y aunque fue-

se verdad que no se hicieran hoy, ¿quedarían por esto destruidos los que se hicieron anteriormente? ¿No serían ya verdaderos los testimonios de cosas públicas ocurridas delante de una gran multitud? ¿No serían dignos de crédito los Santos más grandes y los hombres más doctos que dieron testimonio de lo que observaron con sus ojos? Si no hubiera hoy milagros, ninguno podría destruir el hecho de los pasados, que comprueban la verdad del Cristianismo.

Más es falsísimo que no existan en el tiempo presente. En la Iglesia católica no faltaron en ningún siglo, y duran hasta nuestros días. Si yo quisiera citar alguno sucedido delante de mí, lo podría referir; más como no tengo el derecho de ser creído bajo mi palabra, citaré aquellos que son examinados todos los días en Roma en las causas de los Santos. ¿No se trata en ellas de milagros de los cuales pueden ser muchos y de todas clases los jueces? Examinanse delante de hombres de todas las naciones, sobre la fé de testigos oculares, y en número tal, que excluyen toda posibilidad de error; se consultan los hombres más expertos de las ciencias para probar si los hechos que se mencionan pueden explicarse de algún modo naturalmente, y se ventila todo esto con tanto rigor, que mientras queda una sombra de duda en contrario, se suspende por completo su aprobacion. En ningún juicio criminal se requieren tantas pruebas para enviar un acusado al patíbulo como requiere la Iglesia antes de definir la verdad de un milagro. Véanse estas cautelas enumeradas por Benedicto XIV; léanse los procesos, las posiciones y las consultas que se hacen á este propósito, é impúgnese después su certeza y verdad. Diremos ahora que de milagros hay una serie continua de edad en edad hasta nuestros días.

Me limito sólo á éstos, para no decir nada de tantos otros que son indudables de todo punto, y que ocurren también con frecuencia en los tiempos actuales. La Virgen bendita, en sus santuarios, impetra todos los años muchos, solemnes y estrepito-

sos. En Italia San Antonio de Pádua, San Luis Gonzaga, San Felipe Neri, San Francisco de Jerónimo, son una fuente inextinguible. En Francia suceden todos los años en el sepulcro de San Francisco Regis, y son indudables, según todas las reglas de la crítica más severa. En España, el apóstol Santiago y San Isidro no dejan de hacer. San Francisco Javier ha llenado todo el Oriente, y hasta en nuestros días es un verdaderísimo taumaturgo. Sé bien que con una sonrisa de desprecio ciertos filósofos de nuestros días se desembarazarán de estos testimonios; mas podemos también nosotros, con una sonrisa de compasión, desembarazarnos de todas sus befas é irrisiones, y sostener como falsísimo que haya pasado el tiempo de los milagros.

Lo que se puede admitir sólo es que ahora no suceden con aquella frecuencia con que ocurrían en los tiempos primitivos; mas existe una gran razón que demuestra que así debe suceder. San Gregorio observa oportunamente que los arbustos se riegan más frecuentemente mientras son tiernos, porque de otra suerte no resistirían los vientos ni la canícula; pero que, después que han echado raíces profundas y que ha crecido mucho la planta, se abandonan á las lluvias que manda el cielo en los tiempos acostumbrados. Semejantemente, en los primeros años del Cristianismo, y en presencia de los infieles que se habían de convertir, eran más necesarios los milagros, como medios extraordinarios que hacían creíble la fé, mientras que en nuestros tiempos, establecida universalmente y enseñada á los fieles desde la cuna, no se necesitan ya estos medios tan desacostumbrados.

Mucho más que la fé no podía entonces robustecerse con otra prueba mejor que con la que se saca de los milagros, mientras que en nuestros días existen otras que hacen las veces de aquélla. En nuestros días puede la fé aducir la hermosa prueba de tantas profecías que de siglo en siglo se han verificado; puede la Iglesia romana mostrar su duración, su propagación, sus luchas, sus victorias, la constancia de sus mártires, la sucesión no inter-

rumpida de sus Pastores, y así sucesivamente. Todas estas pruebas, con el trascurso de los siglos, adquieren una fuerza cada vez mayor, por lo cual no es maravilla que no se necesiten tanto aquellas otras que en un principio eran casi las únicas. En lo que, finalmente, se descubre la bellísima economía con que Dios rige toda la Iglesia, proporcionándola en varios tiempos diferentes auxilios, según los necesita.

III. Sino que una nueva dificultad presenta nuestro siglo contra los milagros, con la cual cree destruirlos todos para siempre. El *mesmerismo*, ó *magnetismo animal*, como queráis llamarlo, ¿no es bastante con sus hechos estupendos para descubrir todos los milagros? Basta la consideración de los fenómenos de la *lucidez magnética* para quedar convencidos. Y si á este primer órden de sucesos añadís las *mesas parlantes que se mueven por sí mismas*, y los espíritus que vienen del otro mundo á traernos noticias de él, habreis quitado hasta la sombra de los milagros. Así discurren no pocos de palabra, y aún algunos por escrito. Verdaderamente, si no se oyeran con los propios oídos ciertos absurdos, no podrían creerse: se dicen, con todo.

Antes de responder directamente á esta dificultad, os ruego, lectores, que hagais una observación general. Los libertinos dicen siempre que *no pueden creer*, que su *razón* no lo consiente, y que los católicos somos demasiado *crédulos*; mas después, cuando se viene á la práctica, no hay raza en el mundo que crea más, y de repente, todos los absurdos, con tal que merced á ellos puedan renegar de Jesucristo.

En el siglo pasado, como nadie ignora, la incredulidad llegó al extremo á que puede llegar, gracias á los filósofos y á los enciclopedistas. Ahora bien: ¿qué cosa no fué creída? Aquellos que por razón de crítica no podían creer en el Antiguo ni en el Nuevo Testamento, pudieron creer súbitamente en todos los cuentos de los anales de la China, escritos evidentemente para adular al pueblo hablándole de su fabulosa antigüedad, y con la es-

peranza de persuadir así de que era falsa la cronología del *Genesis*. Creyeron que un códice descubierto en la India, obra de un reciente misionero (el P. Nobili), era de antiquísima edad, y confiaron poder demostrar con él que la razón bastaba para descubrir lo verdadero, sin la luz de la revelación. Creyeron por ligerísimas conjeturas que dos hemisferios descubiertos en Egipto representaban una configuración del cielo, que no pudo existir sino siglos ántes de la época del mundo determinada por Moisés. Creyeron, por la palabra de viajeros de buen humor, que había pueblos sin culto; creyeron que en cierta parte de América había hombres con cola; creyeron que al otro lado del Jordán los judíos tenían reinos en extremo florecientes: ¿qué no creyeron con el ánsia de impugnar un texto de la Escritura, ó poner en duda un hecho de ella? ¿Cómo es, por tanto, que miéntas creen tantas cosas increíbles, creen tan difícilmente milagros públicos, solemnés, atestiguados por hombres doctos; comprobados por hombres santos, que sufrirían mil muertes primero que mentir en materia tan grave? Si alguno contestase que sólo su odio á la verdad católica es la causa, ¿andaría, por ventura, muy léjos de lo exacto?

Esto supuesto, vengamos á lo que pasa hoy: el *mesmerismo* y el *espiritismo*, ¿pueden acaso quitar fé á los milagros? Nada de esto: ni siquiera debilitarla, en los que razonen un poco á lo ménos. Diré algo en el capítulo siguiente de la malicia y perversidad de estos ensayos: aquí me limitaré á resolver la dificultad que por ellos se presenta contra los milagros. Supongo por un momento que son verdaderísimos todos los fenómenos de que se jactan los más expertos tratadores de esta nueva *ciencia*. Concedo que los *magnetizados* lean con los ojos cerrados lo que está escrito aún en lenguas desconocidas; que descubran en las vísceras de los enfermos las desgracias que les atormentan; que vean el presente y el porvenir, lo próximo y lo lejano. Semejantemente, concedo que las mesas se muevan por sí solas, y hablen, y respondan á las

preguntas que se les hacen, y que los espíritus vengán del otro mundo, y que se den á conocer, y que revelen arcanos secretos, y todo lo que gustéis. Admito por un instante cuanto nos saben pedir los impugnadores de los milagros; pero despues de todo les haré algunas preguntas.

¿Por qué decís, pues, que todas estas ciencias son descubrimientos de nuestro siglo, cuando pretendéis que los antiguos, no sólo las conocieron, sino que las aprovecharon para hacer aquellas fantasmagorías que despues vendian á la multitud como milagros? Aquí hay contradicción. Deberíais decir más bien que nuestro siglo ha sacado todas estas invenciones porque las había visto en nuestros taumaturgos.

En segundo lugar, ¿cómo es que en la antigüedad sólo conocían tales secretos los hombres reconocidos por sus más perfectas virtudes y por su vida más intachable, miéntas sus coetáneos, de ingenio mayor y más expertos, no tenían de aquéllos el más leve indicio? Es de veras extraña la union del *espiritismo* y del magnetismo antiguo con la santidad: ciertamente en nuestros dias es ménos desdeñosa esta ciencia, y hermánase con todos: los malignos dicen además que trata preferentemente con los disolutos y con las rameras.

En tercer lugar, leemos que los milagros de otros tiempos se obraban constantemente para robustecer algunas verdades importantes que servían de gloria al Señor, ó por indudable provecho de las almas, pero nunca por ligereza ó por causas frívolas, y mucho ménos pecaminosas: ¿cómo es que hoy los fenómenos del *espiritismo* y del magnetismo se emplean para curiosidades vanísimas, con frecuencia gravemente pecaminosas? ¿Cómo ha sucedido este cambio?

Además, el magnetismo y el *espiritismo* podrán hacer las maravillas más nuevas del mundo, pero sólo cuando se promuevan de aquel modo prescrito por los profesores de estas artes. Por ejemplo: á fin de tener consultas sobre la salud, es primeramente necesario que se hallen dos personas, ó sea

una que magnetice y otra que sea magnetizada; es necesario que la una esté dotada de un fluido magnético más gallardo que el de la otra; es necesario que se pongan de acuerdo con la voluntad; es necesario que aquélla obre sobre ésta, no de otra manera que con la mirada, con la orden ó con un acto de la voluntad, á fin de que ella éntre en el sopor que se quiere: de tal estado debe pasar al que llaman *lucidez*, y, finalmente, se ha de poner la magnetizada en relación con la persona sobre que versa la consulta, por medio de la presencia real, ó de los cabellos, ó de otra cosa que haya pertenecido á la misma. Igualmente, para evocar un espíritu del otro mundo, se necesita una persona que haga de *medium*; se necesita que haya una convención de signos equivalentes á las palabras; se necesita preguntar para obtener respuestas, y qué sé yo cuántas cosas más. Despues todo se reduce al fin á obtener consejos ó palabras, y nunca hechos.

Ahora bien: cuando se trata de los milagros de nuestros Santos, no se ve nada de todo lo dicho, porque se hacen con circunstancias que excluyen, no sólo hasta la posibilidad de admitir aquellos medios con los cuales afirmáis que llegarían á ser efecto natural, sino tambien las operaciones absolutamente magnéticas y *espiritistas*, si puedo hablar así.

Nuestros milagros ocurren á veces respecto del aire, del fuego, del agua, ó de otra criatura insensible. A una señal de la cruz, veis incendios que se apagan, turbonadas que cesan, tempestades que se apaciguan, venenos que quedan sin virtud, y qué sé yo cuántas cosas más: ¿se puede, pues, magnetizar el aire, las turbonadas, el océano, la naturaleza inanimada? Nuestros milagros se realizan con frecuencia en uno solo, que se levanta repentinamente de un lecho sobre el cual yacía moribundo, ó camina sobre las aguas, ó no se quema en el fuego: ¿dónde está aquí la magnetizada ó el *medium* por el cual aquellas causas se realizan? Suceden nuestros milagros frecuentemente en los sepulcros de los Santos, donde unos recobran las fuerzas,

otros el juicio, otros los miembros perdidos, y otros la calma del espíritu. ¿Cómo sucede así? ¿Acaso los muertos magnetizan á los vivos, ó hacen de *medium* y de todo lo demás? Suceden nuestros milagros por una simple invocacion de los Santos que reinan en el cielo, ó por el contacto de una de sus reliquias, ó por reverenciarlos en una imágen. ¿Podrá, pues, cada uno que lo quiera magnetizarse á sí mismo, ó mandar por sí propio á los espíritus para conseguir cualquier efecto?

Mas, sobre todo, nuestros milagros no son palabras, sino hechos. Todos los discursos de los magnetizados y todas las revelaciones de los espíritus se reducen á indicaros lo que habeis de hacer ó decir para lograr vuestro intento: mas no hacen que lo consigais en seguida. En los milagros sucede todo lo opuesto. No os prescriben las medicinas que habeis de tomar para la curacion, sino que os dan la salud; no os aconsejan lo que habeis de hacer para recobrar el juicio, sino que os lo restituyen; no os indican la manera de extinguir un incendio, de purificar el aire y de hacer revivir un difunto, sino que os confieren la gracia deseada en el acto mismo.

Tomad, pues, cualquier milagro de los más indudables, é intentad explicarle. Sea, por ejemplo, el milagro insigne del Santísimo Sacramento, sucedido en Turin, que dió origen á la hermosa iglesia levantada en honor del Cuerpo santísimo del Señor. El hecho acaeció así: Un ladrón sacrílego quitó de una iglesia un copon, en el cual habia una Hostia consagrada; y habiéndolo escondido dentro de un saco que puso sobre un jumento, atravesaba en él una plaza de la ciudad. Llegado á cierto sitio, la bestia se pára y no quiere dar un paso más; el saco se suelta por sí mismo, la Hostia sale, y toda radiante de luz elévase por el aire, y se muestra tanto tiempo, que toda la ciudad, todo el clero y toda la magistratura, con una muchedumbre inmensa de ciudadanos, tienen el tiempo necesario para concurrir y testificar que sube á posarse por sí misma en un nuevo copon que el Arzobispo la pre-

senta. Ahora bien: en un hecho tal, pregunto, ¿dónde hallais las condiciones requeridas por el magnetismo y el *espiritismo*? Y cuando San Francisco Javier, hendiendo vários toneles de agua de mar, la trasformá en dulce por una señal de la cruz, para que beban más de quinientas personas que se morían de sed, y que son testigos del hecho, ¿dónde hallais las condiciones exigidas por la ciencia de que hablamos? Y si no existen las condiciones requeridas por vosotros mismos para obtener el efecto, ¿cómo no reconocéis que el efecto no se puede explicar con aquellas razones?

Hé aquí por qué, cuantas veces impugnáreis nuestros milagros diciendo que sus efectos se pueden obtener naturalmente mediante vuestras invenciones, tendremos razon para responderos: «En hora buena que los podais obtener; mas esto será siempre empleando los medios que vuestro arte exige; si nuestros Santos los obtienen sin tales medios, ¿no veis que el efecto que consiguen ser no puede natural? Vosotros, con el auxilio de vuestros artes, hareis maravillas, curareis enfermos, caminaréis sobre el mar, volareis por el aire, conmoveis la tierra, hareis levantar hasta los cadáveres de la tumba; mas hareis todo esto mediante vuestras invenciones, vuestros medios y los secretos de vuestra ciencia; miéntras que nuestros Santos, haciéndolo sin aquellos medios, producirán siempre un efecto milagroso, un verdadero milagro.

Por último, si todos aquellos hechos que nosotros llamamos milagros no son más que efectos naturales, ¿por qué no los renovais cada vez que se presenta la ocasion? La naturaleza es constante en sus efectos, y teneis á mano á la naturaleza: ¿por qué, pues, no haceis que obre á vuestro antojo? ¿Por qué no nos descubris las cosas futuras? ¿Por qué no curais las enfermedades? ¿Por qué no extinguís los incendios? ¿Por qué no haceis que cesen las lluvias? ¿Por qué no resucitais tambien algun cadáver? Los demás efectos naturales se renuevan cada vez que son necesarios. ¿Por qué no sucede lo propio con éstos, que serian tan nuevos, tan úti-

les, tan maravillosos? En verdad que para conformarse con tales explicaciones de los milagros, no sólo se necesita tener un grado de malicia superlativo, sino tambien tener otro mayor de sencillez y de ignorancia. No saber lo que son milagros ni lo que es magnetismo ó *espiritismo*, y hablar sólo porque se tiene la potencia física de hablar.

Esta respuesta vale, como todos ven, en la suposicion de que sean verdaderos todos los fenómenos que se atribuyen al *espiritismo* y al magnetismo. Ahora bien: si se considera que muchos de aquellos fenómenos no son más que imposturas y juegos de manos, como lo conceden los mismos fautores; si se añade que muchos de aquellos ensayos no son más que graves y monstruosos delitos, invocaciones diabólicas y supersticiones ya condenadas de antiguo por la Iglesia santa, comprenderán todos cuán ajenos eran á los mismos los hombres santos en los cuales la historia reconoce el poder de hacer milagros. Sea cuál fuere, pues, el lado bajo que se considere la propuesta dificultad, resulta vana del todo.

IV. Insisten aún del modo siguiente: «Sin embargo, ¿quién conoce todas las fuerzas de la naturaleza para poder decir con seguridad que aquel efecto que llamamos milagroso no es, por el contrario, un secreto de la naturaleza que aún desconocíamos? Seria preciso, para poder decir que un efecto es milagro, saber antes hasta dónde pueden llegar las fuerzas de la naturaleza.» Ahora bien: ¿quién puede presumir tanto de sí? Será, pues, siempre incierta la existencia de un milagro.» Es admirable cómo los hombres que en nuestros dias se jactan de saberlo todo y de haber descubierto los arcanos más escondidos de la naturaleza, confiesen despues tan voluntariamente su ignorancia, cuando creen sacar de ella un dardo contra la religion. Concedámosles, pues, y de buena gana, que desconocemos las fuerzas de la naturaleza; añadamos tambien que no se creen ignorantes sólo por modestia, sino que se persuaden de que lo son verdaderamente: ¿qué consecuencia se saca? Porque no

sepamos hasta dónde se extiendan las fuerzas de la naturaleza, ¿no sabremos á lo ménos que, sean las que fueren, no pueden *contradecirse á sí mismas?* ¿Y que son regidas por leyes constantes? Si nos consta esto, hay lo bastante para reconocer los verdaderos milagros. Cada vez que vea en un sér un hecho contrario á su naturaleza, ó bien una violacion de aquellas leyes que la experiencia me acredita como constantes; cada vez que una ley perenne y universal de la naturaleza se cambie sin razon natural, afirmaré, sin temor de equivocarme, que allí ha intervenido una causa superior á la humana, ó sea el milagro. Así, v. gr., sin conocer todas las virtudes del fuego, me consta que quema un cuerpo humano en su estado natural, siempre que á él se prenda: cuando vea que un cuerpo humano en el estado natural, no sólo no se quema por él, sino que más bien recibe refrigerio del mismo, y por un medio no proporcionado al fin, v. gr., la señal de la cruz, sin temor de equivocarme diré que ha sucedido un milagro. ¿Por qué así? Porque no puede conciliarse la virtud voraz del fuego con la virtud opuesta que ejercita: sería un sér contradictorio en sí mismo.

La constancia de las leyes naturales nos suministra otra razon no ménos invencible. Sea cual fuere el término á donde puede llegar una fuerza creada, es cierto que en las mismas ocasiones y en las mismas circunstancias obra siempre lo mismo. La experiencia de todos los siglos, para no recurrir aquí á las razones, lo demuestra tan claramente, que no es posible negarlo. El agua siempre ha mojado, el fuego siempre ha quemado, el sol siempre ha iluminado, la tierra siempre ha germinado, el puñal siempre ha herido, y así sucesivamente. En las mismas circunstancias es constante tener los propios efectos de la naturaleza. Si pues veo yo que á una bendicion dada, ó por la invocacion de un Santo, ó por el contacto de una reliquia, se cambian dichas leyes en algun caso particular, ¿cómo no estaré cierto de que no ha obrado la naturaleza, y de que ha intervenido una virtud extraordinaria?

Si fuesen naturales aquellos hechos, deberian repetirse cada vez que se presentan las mismas causas: con una bendicion ó con una reliquia obraríanse constantemente las propias maravillas. Si esto es evidentemente falso, queda demostrado que es muy posible afirmar la existencia de los milagros.

Finalmente, dicen algunos, *yo no puedo reducirme á creer ciertos hechos que leo en algunos libros... me parecen tan poco probados... tan extraños...!* ¿No podeis creerlos? La respuesta es muy fácil: no los creais. Cuando defendemos la existencia y la verdad de los milagros no queremos decir que todo lo que se considera milagro sea verdaderamente tal.

Entre los milagros que tenemos obligacion de creer están los que se leen en las Sagradas Escrituras, sean del Antiguo, sean del Nuevo Testamento, testificados por el Espíritu Santo, autor de la Escritura. Despues de éstos, merecen toda nuestra fé los que la Santa Iglesia examina y aprueba para la beatificacion de los Santos, supuesta la solicitud que pone en todas sus averiguaciones, por lo cual no podrian impugnarse sin temeridad; pero los que se registran en las vidas de los Santos no tienen más derecho á nuestra creencia que aquél que les dan la autoridad de quien los cuenta, los testimonios que alegan, y la crítica con que son referidos y confirmados. Si se hallan hechos contados sin la crítica debida, no sólo no hay obligacion alguna de creerlos, sino que es prudencia no darles crédito: aún cuando se trate de milagros que descansan enteramente sobre la autoridad humana, pero que estén confirmados por las leyes de la crítica, no hay obligacion alguna de considerarlos indudables. El que no quiera creer en las cosas humanas un hecho probado verdadero, será ridículo, si quereis, extravagante, tozudo y desconfiado en demasía; mas no pecará por esto contra la fé: igualmente el que no crea en un milagro que está probadísimo por todas aquellas vías por las cuales humanamente se prueba un hecho, hará reir, mereciendo la nota de obstinado; mas si no se le ha propuesto por la Iglesia santa,

no por esto será infiel. Lo cual es tan cierto, que nuestra misma Madre, no sólo quiere que los que cuentan semejantes milagros, no aprobados por ella, no den mayor peso á las maravillas que el que merece una autoridad puramente humana, sino tambien que así lo digan en los propios libros donde los refieren. Ahora bien: ¿puede haber cosa más discreta en sí misma y más fácil para los hombres? ¡Ojalá lo entendiesen así todos los fieles! Cesarian de seguro súbitamente todas las preocupaciones que contra los milagros existen. Entre tanto, ¿á dónde van á parar las grandes objeciones de los incrédulos contra los milagros? A poner de manifiesto la ruindad de los que las promueven.

## CAPITULO XVIII.

### Magnetismo y espiritismo.

- I. Yo no veo inconveniente en tomar parte en aquellas sesiones.—  
 II. Reniego de todo pacto con el diablo.—III. Voy armado de objetos devotos.—IV. ¿Se puede saber si es licito, y hasta dónde, el magnetismo?

Lo dicho en el capítulo anterior es bastante para demostrar que los milagros no pueden, por ningún concepto, explicarse con los hechos de las mesas parlantes y del magnetismo; mas no para que se alejen de aquellos peligrosos y criminales ensayos muchos de los que se consideran buenos cristianos. Estos excúsanse diciendo que no ven inconveniente alguno en asistir á las sesiones; que lo hacen para instruirse, y por una simple curiosidad; que reniegan en su corazón de cualquier pacto, aun tácito, que pueda existir con los espíritus infernales; que van armados de objetos sagrados, como imágenes de Cristo, de la Virgen y de los Santos; y, finalmente, que no pueden creer sea mala una práctica que ha llegado á conducir á vida más religiosa á hombres descuidados de su alma. Estas son, poco más ó menos, las razones con las cuales se creen poder excusar á sus propios ojos y á los ajenos: permítannos, pues, que los examinemos un instante.

En primer lugar, *no ven inconveniente alguno en asistir á las sesiones espiritistas*; lo hacen *por instruirse y por una simple curiosidad*. Pero aquí en seguida ofende aquel *no veo inconveniente*, porque si otros de mayor penetración que la vuestra lo viesen, ¿seríais juez supremo é inapelable de lo bueno y de lo malo? *Tener una curiosidad* no es dañoso, con tal que no sea pecaminosa; *instruirse*, bueno es, con tal que se haga honestamente.